Huyendo del calor de uno de esos días en los que las calles de Buenos Aires parecen hervir, busqué refugio en el Tortoni. Estaba dándole el primer sorbo a mi *chopp*, cuando me pareció advertir la figura del Ángel en el espejo. “Debo estar imaginando. ¿El Ángel en el verano de Buenos Aires? ¡Ni loco!”, me convencí.

—Loco estaría si me hubiese rajado, don Enrique —, me aclaró una voz conocida a mis espaldas. Y agregó: — Ah, y además ni piense que este encuentro es casual. Tenía ganas de charlar con usted.

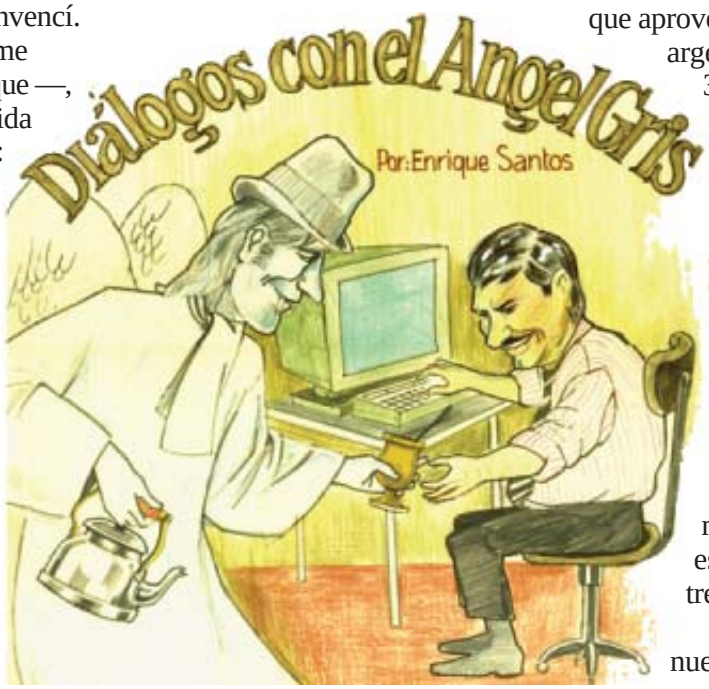
No pude evitar sentir que mi amigo era capaz de leerme el pensamiento como si fuera un libro abierto.

—Estuve repasando diarios, sabe. La falta de noticias del verano hace que aparezcan cosas interesantes, que en otro momento suelen ser desplazados por las ‘noticias que venden’. Me llamó la atención un reportaje que hizo el semanario ***Perfil*** al gerente general de INTEL en el Cono Sur, un argentino de nombre Esteban Galuzzi — me informó.

—INTEL es líder mundial en microprocesadores y está instalando un centro de desarrollo de software en Córdoba— acoté, como para dejarle en claro que estaba en tema.

—Precisamente, lo que me sorprendió fueron las declaraciones de Galuzzi, que admitió dificultades para conseguir buenos profesionales en el país y que INTEL está tratando de ‘repatriar argentinos’. Tenía entendido que la elección de Córdoba se debió, entre otras razones, a que INTEL la consideraba una provincia con buenos profesionales.

—Bueno, aquí caben sólo dos interpretaciones: o se equivocaron en los estudios preliminares, o no saben cómo buscar— aventuré.



UN HOMENAJE AL FANTASMA DE BUENOS AIRES Y A SU CREADOR, ALEJANDRO DOLINA

—Hay una tercera: que las universidades argentinas no formen profesionales con los conocimientos que demanda la industria informática global, y que además no existan empresas que brinden en la práctica lo que las aulas no enseñan— sentenció el Ángel Gris.

—Esta situación me hace acordar al dramático pedido de profesionales que hizo la cámara empresaria CESSI. Habló de un déficit de 25.000 profesionales en cinco años—, agregué.

—Un dato que el ministro Filmus utilizó en la UTN para ejemplificar la importancia estratégica que la Nación declara dar a las carreras de Ingeniería —, precisó el Ángel con tono misterioso. —Pero no se trata sólo de cantidad, sino también de calidad. Mucho se habla de insertarse en el mercado mundial de software, pero la verdad es que las principales exportaciones las realizan las transnacionales, que aprovechan la mano de obra argentina abaratada por el 3 a 1. Universidades, empresas y gobiernos siguen en deuda en la tarea de agregar calidad a una coyuntura económica favorable —, sentenció.

—El discursito de que tenemos a los mejores informáticos, y que sólo nos resta atacar con coraje y decisión al mercado mundial, lo vengo escuchando desde hace treinta años—, concedí.

—Vea mi amigo, a nuestra sociedad se la ha acostumbrado a olvidar hoy lo que pasó apenas ayer. Y en esa amnesia social, los discursos parecen siempre promisorios. Siempre estamos empezando de nuevo—, pontificó.

—Como en *Memento*, esa película en la que el personaje principal olvidaba lo que había pasado en los últimos años de su vida hasta el día anterior. Y debía reconstruir su historia con papelitos que le daban noticias del mundo que lo rodeaba. Claro que en ese caso, los papelitos los escribía él mismo; en cambio en el nuestro... —, reflexioné, pero en vano. El Ángel Gris ya había desaparecido, dejándome solo, y con la cerveza a medio tomar.